

Xosé Azar
Eros y espíritu
Poemas



Portada:Éxtasis

Escura del poeta.

2° edición.

A Carmen, mi mujer.

Prólogo

Hay quienes se adaptan a las exigencias del mercado o a las políticas editoriales, y quienes no.

Los que se amoldan suelen ser bien conocidos; al fin y al cabo, eso es uno de los provechos de su amoldamiento. Una vez que han acertado a producir la mercancía adecuada, la todopoderosa industria publicitaria, las megalibrerías y otras organizaciones comerciales, o los discretos encargados de dispensar cuotas de fondos públicos entre incondicionales y compañeros e viaje, se encargarán de promocionar y ofertar el producto que, a poco que los interesados sepan jugar sus cartas, puede acabar engrosando la lista de *best-sellers*.

Los otros son los 'inadaptados', hombres y mujeres con un noventa y nueve por ciento de posibilidades de permanecer para siempre anónimos, desconocidos, silenciados, perdidos en ese limbo en que han pasado la existencia tratando de aumentar, siquiera sea en una partícula, el vasto continente de la experiencia humana cristalizada en arte. De éstos, unos designan y acepan otra forma de vivir diciendo *no* a ésta; otros, arqueólogos del futuro, dedican el total de sus breves existencias a la recuperación de la utopía -descartada ya la ideológica, cristiana o marxista, por ilusoria- real, terrenal, vital, el rousseaniano 'estado natural del hombre', macerado por siglos de raciocinio mutilador. Y cantan la sensualidad, la belleza y la alegría paganas y la ebriedad dionisiaca, rescatadas por el ladrón de Sils-María.

Estos utópicos que, pacientes e indoblegables, persiguen durante toda su existencia la humanizada divinidad de la orgía, en erótica y mística comunión con lo que es, porque fue, y por eso será; sabedores de que la inmersión en la humanidad total hace realidad el onfalo que ellos persiguen con indoblegable paciencia, con la obstinada reiteración de quienes saben que lo que de verdad es arte y vida no puede ser de otra manera. Pan no ha muerto, vienen a decirnos; vive. Está asilado en el corazón y las vísceras de todos y cada uno de nosotros. Momificado por la pus de 'lo que vende'. Y esperando salir. ¡Echémonos, pues, a la calle! ¡Vayamos a buscarnos!

Que es lo que Xosé Azar viene a exigirnos y a ofrecernos en toda su obra y también en *Eros y espíritu*. Absténganse de escucharle sacristanes de todas las iglesias y mandarines de todas las cátedras y tribunas de opinión gacetillera y consejos de redacción de revistas 'culturales'. Óiganle, porque en ello puede irles la verdad o el engaño de sus

vidas, los puros de oído y de intenciones, los verdaderamente libres, porque a ningún Dios ofrendan ni sacrifican. Búsquemosles en este libro, que ahonda, ya lo veréis, nuestra vida.

Eugenio Viejo
Ginebra, 23 de julio de 1993.

ARTE MENOR

I

Blasfemaban mientras con sierras y hachas
intentaban que el árbol no se les cayese encima,
sudorosos trabajaban.
Muy cerca, desnudo en la hierba al sol
estaba yo tenido,
la brisa me acariciaba
y el calor aumentaba mi ardor.
Ellos se acercaron a cortar mi árbol,
cuando me vieron blasfemaron de nuevo
haciendo ademán de arrojarme piedras;
yo les sonreía. El más joven
dejó su ropa al borde y me abrazó,
con mis blancas canas lo acogí
como el mismo bosque.

Las mulas nerviosas
quebrando y destrozando plantas, con los hombres
chillánoles arrastraron el tronco monte abajo.
Sus gritos se perdían
confundidos con nuestras risas.

II

De las luces de allá abajo vendréis
armados de palos y piedras,
estoy temiendo veros.
Porque me he ido de la ciudad
al huerto oscuro de los olivos
os tengo miedo; a vosotros que sois
mi culpa por buscar en lo insondable.

Vendréis con vuestras luces y me llevaréis,
vosotros, que sois mis remordimientos,
y me mataréis.

III

Bien apresada por los senos,
ninfa,
no te ibas, no,
no te ibas. ¡Suéltame!
No te ibas, gacela.
Cogida desde atrás,
lindos pechos pequeños
que yo aprisionaba, uno en cada mano
y ella intentando soltarse
y yo tirando hacia mí
hasta que su cuello caía en mi hombro.
Cuello atrás, boca entreabierto
en la que yo bebía
hirsuto de barbas yo,
delicada paloma ella,
cuello rendido de bacante abierta.

IV

Y todo el viento se ha quedado en este árbol
y no se ha ido
y todos los demás están ya sosegados
después de la tormenta,
pero el árbol este sigue agitándose solo
en la noche
gritando,
clamando,
porque para él la tempestad no ha cesado
y gime
y se arrastra
y la inclemencia no lo deja.
Ay, que no puede más,
que se muere de dolor
y de dicha

V

Cabras sinfónicas
lamiendo soles
se extienden por los helechos.
"¿Adónde vais?
¡Me cago en Dios!
¡me cago en Dios!
¡¡Chivaaa!"
Sus gritos resuenan por los barrancos:
"¡Me cago en la puta madre que te parió!"
¡Meeeeee...!
Y él es sólo uno en dos patas
y ellas tienen muchas esquilas y muchas bocas.
"¡Me cago en Dios!"
Además lleva un madero para calentarse esta noche.
"¡Chivaaa
-me cago en Dios-
chivaa!"

VI

Que los muertos entierren a sus muertos:
tú y yo, amada, vámonos al campo;
tú, con tus amarillos y tus verdes,
yo, a componer poemas a las rocas y a los pájaros.

Que entierren a sus muertos con la tele,
con sus chismorreos y sus aprehensiones,
haciéndose criados de sus perros;
que sigan enterrando y enterrándose.

Que están muertos, amada,
que están muertos y andan, son cadáveres;
que se entierren, si quieren, a sí mismos.

Amada, vámonos al campo,
coge el lienzo, te llevo el caballete,
que ya nos han enterrado bastante.

VII

Mediodía incendiado en luz solar,
en un trigal que clama amarilleando
Van Gogh se muere, va sin luz quedando
entre cuervos en todo su graznar.

Lentamente se empiezan a apagar
los cipreses que estaban llameando;
la tierra, en risotadas reventando
y el cielo ebrio, dejan de bailar.

Vuelven las casas a la Arquitectura;
a lugar de trabajo, los sembrados;
los bacantes, a esclavos en su encierro.

Y la noche, perdida en la negrura
con los astros que cantan extasiados,
vuelve a manos del Amo, como un perro.

VIII

Mamá la santita,
cara redondita
y tetas al aire,
como dos manzanas
que se descolgaran,
como dos palomas
que bajo volaran.

Mamá y sus dos tetas
en la tarde plácida,
que caen dulcemente
en mansa cascada.

Ante ti me postro
como ante una estatua
pagana, inocente,
sin cielo ni alma.

Mamá y sus dos tetas
en la tarde clara.

IX

Lo rodean con sus promesas de eternidad
pero él muere indiferente
como buen animal,
despreciando paraísos de ultratumba.
'Creo, no creo. Creo'
y ríe cansado los apresuramientos sacerdoles
para aprovechar el último minuto.

Igual que gira el sol,
igual que caen las hojas, así.
y tu alma volará, al fin, a la nada
y formarás parte de la tierra y de la vida.

¡A qué desmelenarse! Muere sencillo,
dejas pocas cosas: un madre loca, la mujer y la hija, algún
amigo.

X

En mi cubil, pero más profunda,
vive una fiera desconocida a la que oigo
gruñir y por las noches sale.
Mi cueva hecha de grandes piedras puestas al azar
mira a la ingente montaña inmóvil en la luz
que los arroyos bajan sonando
y los cabreros recorren con sus ganados cueva,
subiendo al azul.
Cuando vien lanoche y entro en la cueva
entonces sale mi desconocido compañero
a merodear en mi tiniebla.
Desnudo vivo al sol lejos de los caminos
mirando a la montaña,
el pueblo a mi espalda,
mas la fiera conmigo.

XI

Amada,
cuando me voy de ti
tus palomas se vuelan,
tus arroyos no corren
y tus ramas, tronchdas.

Amada,
si me alejo de ti
tus manos desfallecen,
tus cabellos se mustian,
se desflora tu cara.

Amada,
cuando no estoy contigo
tu vida se empobrece,
tu risa palidece
y tu carne se apaga.

Amada,
eres tan sólo alma.

XIL

Hay que dejar el mundo sin mancharlo,
por eso, mientras te estás muriendo,
la limpiadora arregla
y charla.

Tú agonizas,
una máscara la cara,
la boca desdentada abierta,
en los ojos cerrados el dolor de allí adentro.

Y te vas deshaciendo;
sólo queda la máscara que crece,
y la mujer que, mientras friega, canta.

13-8-91

XIII

Cuando te levantas del coito
recogiendo toda tu carne,
esta parte se te ha quedado fría, la calientas
frotándola
y te pones la ropa.

Enriquecida,
sosegada.

Te ciñes las gomas,
te arreglas el pelo.

Taconeas,
sin mirarme.

XIV

En el azul
planean golondrinas,
altas aves pían,
revuelan gorriones
y del pinar vienen aleteando las palomas.
¡No soy cazador, quedáos!
Pero lo eres,
quedáos, no os vayáis,
pero lo eres, lo eres,
Cazador que acaricia, que os ama, que no mata,
¡quedáos, palomas, conmigo!
De lo contrario, me pondré a pensar, me pondré a morir.
Cazador y todo, quedáos.

XV

Quien ha visto la noche cara a cara
es capaz de bailar a la luz del día,
quien ha tiritado bajo las estrellas
se desnuda confiado a pleno sol,
para quien todo fue negrura
el leve verde es una canción,
para quien sólo oía el negro horror del viento
un trino es éxtasis de quietud,
para el que todo era un desierto de tiniebla,
la dulzura del sol es beatitud.

Ver el viento en la rama, aspirar la fragancia,
coger el agua clara, la luciente montaña
son la resurrección.

Quien nunca ha sido noche desconoce
la belleza del día,
el que jamás ha muerto
no resucita, mora
en mundo sublunar.

XVI

Mi amado es un caballo que conoce
el sabor de la rosa, el frescor del prado.
Bebe el murmullo del arroyo, tiente la dulce tierra
con su bello sensible.

Trota, crines al viento, relinchando
vibrante resonando por la paz de la montaña;
orejas atentas a la más leve brisa,
abiertas narices aspiradoras de fragancias,
piel vibrante, cola al viento
y grandes ojos a los lados para verlo todo.

Paciendo en las altas praderas
donde nacen las fuentes,
caballo, divino eres, Dios;
gustando la belleza con tu boca;
revolcándote patas arriba
en la noche estrellada.

Con un inmenso falo caballar,
alimentándote del paisaje,
sin pensamiento alguno,
ocupado siempre en gozar,
caballo mío, te adoro.

XVI

Y tú inmóvil, amor, y yo recorro
ciudades y desiertos, subo montes
y tú te echas al sol y yo
cabeza abajo hago agujeros,
río, corro, salgo y tú, amada,
tan dulcemente senos remansados.
Y yo, furia salvaje, gritos, saltos
y tú, pechos caídos dulcemente.
Y yo peleo con un elefante
y tú sonríes, y yo, muerto de sed, entro
en una cabina y llamo a Nueva York, Calcuta
y tú, dulzura, toda hecha sonrisa.
Y mañana y pasado y cerca y pronto
será siempre así
y es locura mi ser y tú,
diosa del placer, sigues tranquila.

XVII

Mirando atrás tu cuerpo corre al mío,
observando el mundo extiendes a mí tus brazos;
contemplas lo que has dejado,
pero tu cuerpo desnudo
se vuelve a mí;
la atención en el mundo,
pero me abrazas;
mirando a otro lado
tus pechos están conmigo.

Yo haré dulcemente,
delicadamente,
con ternura de madre,
con paciencia del que vela,
compañera, que toda tú
en mí descanses.

XVIII

Y caía, caía
y cayendo a lo bajo
al abismo ascendía
y ahondando volaba
Y emergiendo me hundía.
Y moría, moría
y muriendo nacía
y vivía.

XIX

La peña quiere ser árbol
y tener pájaros,
suspirar, al viento
entregada.

Lentamente comienza
un camino largo:
primero será tierra,
despues sera rama,
más tarde será río
y al fin será aura.
Pasarán muchos siglos
pero el tiempo no es nada.

La peña es ahora nube voladora
llena de sol por dentro
y canta.

XX

Pedro en la oscuridad,
recogido del viento nocturno,
buscó un sueño y con él arropado,
volviendo la espalda al espanto,
con sus compañeros
dormía,
mientras Jesús gritaba
a brazo partido con sus fantasmas.

Perder es ganar, me abandono a vosotras,
aves nocturnas. Miedos,
devoradme.

XXI

Llego a la alta pradera
y los caballos se me quedan mirando:
¿quién eres tú, quién eres tú?
¿quién soy?
Se quedan mirando mis intenciones
y yo, ¡que no tengo intenciones!
Si ven cualquier intento se lanzan
a correr,
¡pero como no hay ninguno!
pacen;
otros, a revolcarse,
y yo también.
Como mi bocadillo de chorizo,
resoplan, yo también.
Al fin somos todos caballos
de alta pradera de montaña.

XXII

Te vestías, te pusiste
unas bragas amarillas, sostén azul,
una camisa adorable de puntillas,
medias rosa cubrieron tus muslos
y el vestido cayó largo como una noche sobre tu luz.
Tu boca grande la pintabas, los ojos,
y cuando ya, hecha una dama
ibas a salir a la calle a las miradas,
te abracé y el negror
de tu vestido voló por los aires
y tu boca nos manchaba
y saltó el sostén
y las bragas y las medias
y después ya sólo éramos
cuerpos por el suelo abrazados,
rugiente carne que muerde
y llora y gime y ríe,
carne de alarido,
de gozo,
de amor.

XXIII

Olivos en el cielo,
lluvia de estrellas,
el viento mueve alguna rama.
Noche sin pensamiento
como los pacientes burros que
silenciosos se lamen tan tranquilos,
tan quietos, tan sin esperanza,
siendo también ellos noche, de aliento
cálido, con las orejas caídas,
las buenas bestias apacibles,
naturaleza dulce, nocturna,
acallada.

Que pueda con vosotros
ser blanda negrura
en la brisa de árboles extendidos,
buena bestia de estrellas coronada.

XXIV

El viento me llama que salga,
no voy; echado al sol en este valle
no salgo al viento.
Pero él ha entrado
y me ha llevado a la tormenta
y no recuerdo ya mi valle soleado,
pues me ha dado otro sol,
más hondo, más grande.

'Oigo el viento llamándome,
no voy', decía antes;
ahora estoy bramando.

XXV

Mis ciegos pies palpando blandamente
en caricia de niño a la madre desnuda.
A veces, tierno vientre de hierba,
a veces, duros senos de piedra.
tanteando el suelo avanzo, mi cuerpo
dado a la brisa iluminada,
a los trinos, al fragor del viento.

Amada tierra que nunca dejaré,
adónde podría ir,
me devuelves los sentidos perdidos.
De tierra soy y aquí me quedaré por siempre,
formando parte del viento, de la peña,
del río,
la conciencia al fin olvidada.

XXVI

Hay que apartarse para dejar sitio:
que pasen los soldados en los tanques,
que pasen los cañones,
los camiones cisterna.
Nosotros, a esperar aquí de pie:
pasa ahora un batallón de coroneles,
servicios religiosos,
Autoridades locales, provinciales,
hay que apartarse más que tengan sitio,
autonómicas, estatales.
Pasa ahora un batallón motorizado
y ahora el Presidente
bajo palio, rodeado de arzobispos.
Ahora pasa Dios, échate atrás,
échate más atrás, aunque caigamos
en un hoyo, que pasen redentores,
hay que aplaudirles, besarlos, adorarlos,
son nuestros salvadores
en este mundo y también en el otro.

XXVII

Los dos saciábamos la sed antigua
temblorosos,
anhelantes.
El amor nos vencía
y los dos caíamos
perdidos uno en otro
haciendo de la lucha música y poema
que lentamente se va encrespando,
subiendo,
acrecentándose más,
sed ya incontenible,
naufragio al que nos abandonábamos
dulcemente, al vaivén
de esta tormenta,
ola
 playa
ola
 playa, a la que
desmantelados, estamos
 llegando.

XXVIII

Vida,
tengo ya casi 60 años, estoy solo, desnudo
en el campo, frente a unas lujosas residencias,

Diosa, te doy gracias porque es verano
y porque estoy leyendo a mi amado Horacio.

Ellos están ahora
discutiendo sobre la propiedad de una toma de T.V.,
jóvenes muy tomados por la tele,
por su bella casa,
por su hermosa señora,
por sus lindos hijos.

Antes de mi oración de la tarde,
gracias, Niña mía, por no ser uno de ellos.

XXIX

Revolcándote
como yegua furiosa
agitando crines y senos,
de amor agonizando
toda abierta
te me entregabas.
De nuestras bocas
bebíamos
manantiales.
Con brazos y piernas me abrazabas,
tu pelo por el suelo,
el cielo azul oscuro,
la pradera inclinándose,
los viejos robles cantaban.

XXX

En rama, sin adentro
y la rama también se ramifica.
El adentro es el sol que me baña
y el viento que me mueve.

Negra oquedad oscura
abierta más y más
a la luz que me penetra,
flor que exhala su aroma
en el abrir, constante
salir fuera
al fragor del viento,
canto que es plenitud.

Negra oquedad
ramificándose hasta perder
el alma, el cuerpo y ser toda ella la vida.

XXXI

Moriré en la montaña
comido por las águilas.
Cuando ya no me mueva
me irán cercando alas,
esos pájaros tímidos
que siempre se me escapan
andarán por mis manos.

Moriré en la montaña
rodeado de alas,
el cielo azul de techo,
abierta la mirada.
Cuando mi carne esté
comida por las águilas,
mi esqueleto de piedra
será de roca blanca.

Mi carne, por los cielos;
mi hueso, hecho montaña.

II

A R T E M A Y O R

XXXII

Poema

Silencio que el poema,
como un niño pequeño,
está naciendo ahora.
No hay que tocarlo, sólo
dejar que crezca limpio como un río;
no soy yo quien lo hace
sino él, que me lanza boca arriba,
me hace gritar, llorar, caer al suelo,
levantarme, correr,
saltar, estarme quieto.
Poema, eres mi droga,
me liberas del alma,
me coges por el cuello,
me abofeteas en las dos mejillas,
poema incontenible,
y los caminos pensamientos bailan.
Ay, cántanos, poema,
háblanos con ritmo radiante
todo gozosa luz, sólo
mañana iluminada,
canción y vuelan pájaros y vientos,
canción de amor dulcísima,
canción hecha de abrazos y de besos,
un canto solidario
que nos llene de paz,
un canto sin palabras.
Se juntarán el mundo con la vida
y ella perderá su *rigor mortis*
y tontamente se pondrá a llorar,
reír, andar a gatas.
Ven con nosotros y verás el mundo
cómo deja de ser duro maestro.

Es el poema un bobo, nada dice
que sea interesante, tonterías,
poema bagatela, este poema
que grita desacompañadamente.
Se desnuda, nos enseña
las vergüenzas procaz, saca la lengua.
Se arrastra por los suelos, se levanta
y comienza a bailar, piernas al aire.
Atad bien el poema, que se escapa
escalera que baja,
escalera que sube.
Es la mar.
El poema es el arco iris.
Agarradlo, que huye; sujetadlo
que se pone a correr por esos montes.

Acércate, poema,
mira cómo suben al cielo
árboles, montañas, pensamientos,
y los arroyos corren;
nosotros nos quedamos
tú y yo aquí cantando.
Cállate ahora,
escucha este silencio,
que pierdo la conciencia, me libero
de jefes, de maestros y enemigos.
Poema, eres un vino
que me embriaga, tan dulce;
a tus espaldas
vamos montados
tú y yo y el que nos lee,
eres un toro bravo.
Poema, yo me acabo, sólo tú eres,
me obligas a vagar por esos montes
con el viento y el ave.

Poema, avanza,
poema, corre.
poema, lléname de ritmo
con tus vueltas y vueltas.
Que tú no eres camino,
que tú no llevas a ninguna parte,
que tú de nada vales.
Poema, salta,
poema, grita con todas tus bocas,
poema, ríe
por tus mil soles que giran y giran,
que eres el tambor
de este pobre chamán enloquecido
que se pone a bailar,
salta como un torrente por los montes
-da saltos gigantescos-
y brincando desnudos por la hierba
a danzar con él vienen
el pequeño y humilde san Francisco
y el amado dios Pan.

Ahonda, poema,
vente hacia abajo
hasta llegar al corazón;
ahonda todavía más,
no te lances sino húndete,
éntrame más y más
y llévame contigo,
poema, llévame,
que no quiero mostrarme, que quiero

perderme
hasta llegar al hondón
del gozo,
anonadarme, hacerme
brizna de vida.

Depués de haberme removido bien,
cuando ya no hay fantasmas,
poema, te calmas
y al final, dulcemente agotado
de este acto de amor, dios mío poema,
lentamente sosiegas,
blandamente te quedas dormido,
suavemente respiras,
niño divino.

A ningún dios rezo,
sólo me entrego a ti como se entrega
el amante a la amada.
Ninguna muerte temo
sino cuando te llamo,
poema, y tú no vienes.

XXXIII

Pan

En lo alto de las rocas,
desnudo al sol,
soy el dios de la felicidad.
Nadie hay mas alto.
Mi hermoso falo, dulcemente caído
entre los redondos testículos
y el vello dorado,
es la fuente de la dicha.

Cuando el sol declina
y los pastores regresan a sus casas
con los ganados sonando las esquilas,
yo en lo alto soy su paz.
Un niño sube con el primer cuenco de leche.

Cuando se pone el sol,
por un caminillo que bordea entre precipicios,
mi plácido cuerpo dándose por última vez,
me retiro por el ocaso,
el sexo fulgiendo.

El domingo por la mañana
bajo del alto monte,
las partes pudendas titileantes,
a celebrar con ellos la fiesta
de cantos y baile,
los harapos fuera de la luz de sus cuerpos.

Durante la semana tienen que estar vestidos,
trabajar, criar hijos y cabras
y esperar en el crudo invierno
la llegada del verano,
la orgía de vino y amor.

Me aman, pues los he librado
del antiguo dios del temor,
del negro sacerdote intermediario.

XXXIV

Oda al cielo

Plena luz sin sombras,
cielo azul.
Ese ese pequeño disco allá a lo lejos
es la fuente de todo este torrente,
pero él mismo no es esta luz;
la luz es nuestro cielo, es luz terrena,
es mi madre, la tierra iluminada.
Sin él no habría vida, pero él solo
no sería capaz de producirla,
no es él sólo la causa.
Hace que los ríos corran,
pero no es él los ríos,
que los vientos vuelen,
pero él no es los vientos,
que la luz nos anegue
pro sería gélida negrura
sin la tierra fértil,
manantial de la vida,
copa de vino y miel que nos embriaga.

No somos del cosmos
ni vivimos escondidos;
pisamos la tierra y nuestros brazos
se levantan en un cielo
claro que nos inunda.
Entre él y ella, nuestra casa,
ni oscura caverna
ni en el espacio muerto:
sobre la tierra azul.
Hijos de sol y tierra,
el cielo purísimo, tranquilo, limpio
de angeles es nuestra patria.
Sobre una tierra fecunda
en incesante, cálido amor,
corriendo por nuestras venas luz del sol
vivimos.
Dios no está ya en el cielo,
de él lo hemos echado. Refugiado
ahora en la conciencia,
de ella saldrá algún día. Entonces
ese instante que somos
lleno estará de luz.

XXXV

Posesión

Emergió como macho cabrío,
monstruo brillante
brotado de las rocas,
sin sonrisa, negra barba,
gigantesco, en una peña.
Las cabras eran rocas
majestuosas, lentas.
Asombrando el paisaje,
un águila en el cielo.

Me condujo a los más altos picachos.
Yo, sumiso, le seguía.
"Ven por aquí, mira",
y se veían los pueblos del mundo
más allá de las montañas.
"Ahora, por aquí"
y, entre enormes escombros pétreos
entrejuntados sobre abismos,
llegamos a una altura, la más alta.
Allí el viento gritaba.
Cuando bajábamos temblaba,
había estado con él
en lo alto ante la nada.

"Ven ahora por aquí"
y mi cuerpo convulso
se olvidaba del rígido esqueleto,
se ajustaba blandmente a las piedras.
Una roca emergió entre peñascos,
el viento, hostil, silbaba.
Paisaje invernal en agosto;
alrededor, sólo roca amontonada.

En un resquicio,
una flor roja,
la única.
Estábamos solos,
ni un pájaro,
sólo el viento.
Se la ofrecí.

En el ara más alta de la más alta montaña
mientras el cielo formaba alrededor
una diadema de blancas nubes
me poseyó; tembloroso me entregué.
Las montañas se movían

como si una tempestad las agitase.
¡Piedras que os mofáis de toda cordura,
con sombrero, ingentes al azar...!
No tenía entradas, mas él me las halló.

Conoce todas las trochas,
acaricia enigmas
que vuelan tras las peñas.
La montaña se asoma tras él.
Yo, que tiritaba,
a su lado me caliente.

Pero un día bajé limpiamente las pétreas gradas.
Bosque de piedra, rocas más altas que nubes,
peñas de musgo colgante, lóbregas cabras
paciendo entre abismos,
ahí os quedáis.
Amado macho cabrío,
ojo sin párpado,
sin sol, adiós.

XXXVI

Las tetas

En esta ciudad tan dura;
de pensamiento duro, asfalto duro,
de prisa, de cansancio,
que cada día hay que ganarlo con cuánto esfuerzo,
lo único dulce son las tetas
que en la hostil carrera para que no te atropellen
saltan blandamente,
rebotan los sostenes cantando.
La boca es una raya de asco, mas las tetas
lindas son y suaves todavía,
todavía es redonda su dulzura,
todavía,
qué consuelo saberlo.
Las tetas, que quisieran saltar
serían pájaros pisados,
tenedlas en las blusas rosas,
en los nikis verdes
donde a veces asoman.
Sólo ellas, sólo ellas, sólo ellas
caminan confiadas y no escrutan.

Vuestras tetas dan vida a las ciudades,
A veces un botón las desabrocha;
que se caigan, eso no, pero teníais
que dejarlas al aire, que respiren,
que abran su pico y trinen
al sol como los pájaros.
Nos obligarían
a cambiar nuestro gesto y nuestro paso,
resucitaría la vida
también en en la mirada y en los dedos.
Y los que van arrastrados
de un largo y solo pensamiento muerto
lo dejarían y mirarían y sonreirían
y los coches irían más despacio
y en los parques las tetas tratarían
De volar a los arboles cantando
con las aves
y las fuentes,
y la dulce carne
vencería por fin al alma dura.

XXXVII

Morir para vivir

Rodeada de árboles,
la peña pesada, cerrada, inmóvil,
impasible,
ni un murmullo,
ni un lamento.
El viento pasa silenciosamente
y va a las ramas de los árboles;
la piedra está quieta, callada,
nada se mueve en ella,
pensamiento cerrado, pétreo, muerto.

La peña quiere estar siempre junto al árbol,
se los ve siempre juntos
y cuando han cortado un árbol, es muy triste
verla más alta
solitaria junto al muñón.
Lo veía subir, le preguntaba
y él le contaba
y ella sentía.
Verla ahora quieta
esperar otro siglo
a que otro árbol suba y se mueva
y sentir la savia junto a ella,
que su parte pegada
se haga tierna como carne rosa.
Verlo hacerse grande
y bramarse fieramente en la tormenta.

A la enorme peña en medio del bosque
que ha visto tanto nacimiento
y tanta muerte
los árboles le lanzan semillas infructuosamente
para que deje de ser eterna y nazca y muera,
mientras el musgo quiere hacerla campo.
Ella arroja grandes piedras por hojas.
Pétreo entre el verdor,
raíz de montaña,
eterna como Dios,
se ira desmoronando lentamente.
También a ella le llega la muerte
y con ella la vida,
el dolor de morir y el placer de nacer,
el dolor de nacer y el placer de morir
como nosotros, árboles y hombres
que más vivimos cuanto más morimos.

Ya la piedra hecha árbol canta al cielo
penetrada de viento,

ya la roca creció, se hizo tronco y raíces
y, hecha ramas al fin, puede bailar
en el aire y la lluvia
levantando los brazos,
y se hace rumorosa por las tardes
y se hace dolorosa por las noches
y en las tormentas grita
y es calma al alba
Y esta entregada ya
y sus hojas vuelan como alas.

XXXVIII

Oda al Azar

Dios azar,
que has levantado esas montañas gigantes,
estos pedruscos en posiciones inverosímiles,
admiro tu obra sin sentido.
Amontonas aquí unas peñas gigantescas,
allí las lanzas montaña abajo,
y la vida va detrás sembrando retamas,
trayendo mariposas y pájaros.
Dios sublime, que haces las cosas sin objeto, por el placer
de jugar,
te admiro, pero también te temo porque tu poder es inmenso,
dios que ríes a carcajadas cuando levantas un volcán que
sepulta pueblos entre ayes,
que te diviertes en las tempestades
en que naufragan los pescadores,
dios del rayo, que mata sin
ninguna razón,
cuando notamos tu presencia nos
ponemos a temblar,
lloramos,
huimos
(ya no rezamos)
y los más serenos comienzan a manejar aparatos
para medirte,
para controlarte,
para conseguir que ya no destruyas más y, si es posible,
trabajes para nosotros.
Dios de los grandes escombros,
las ciudades y la técnica son inventos del hombre
para protegerse de ti;
dios desproporcionado,
arbitrario,
insensato,
que donde había una ciudad levantas una montaña,
dios niño que juegas a desbaratar castillos de naipes con
tus manos en los terremotos,
dios imprevisible, que igual matas a culpables que a
inocentes,
nosotros nos hemos cansado ya de rezarte en vano,
ahora te estudiamos, te prevemos te controlamos y eso es
más eficaz,
Si en el hondón que tú has hecho sin querer nace una

pradera ponemos a pacer nuestro ganado
y si de un cataclismo nace una cascada, le colocamos un
motor,
vamos tras de ti aprovechándonos de lo que a ti te sobra,
intentamos sacar partido de tus juegos.
Eres un viejo loco,
nosotros abriendo caminos y tú, deshaciéndonoslos,
nosotros siempre alisando;
tú, levantándolo todo,
poniéndolo imposible.
¿Es que está ciego?
¿Es que no te das cuenta de las horas de trabajo que nos
cuestas?
¿Es que no podrías haber hecho tu volcán un poco más a la
izquierda, donde no vive la gente?
No te importamos nada,
vives ajeno a nosotros
sólo ocupado en tus juegos,
dios de las catástrofes.
Al hombre más malvado, al tirano más cruel, se le puede
hablar y se le puede llegar al corazón,
a ti es imposible
¡si al menos fueras malo tendríamos a veces tu compasión!
Pero tú no sabes de amor, pues vives solo,
dios que no sabe amar,
la vida te nació como al que le salen piojos,
tú la ignoras o la destruyes,
viejo azar,
dios nuestro.

XXXIX

Baloncesto

El cielo es una canasta azul,
el sol, una pelota redonda,
luminosa, grande,
que lanzamos y encestamos.
Tiras la pelota, toca
el aro y entra,
echas hacia atrás todo el cuerpo,
lanzas la pelota o tú mismo
te lanzas y subes tú y haces canasta.
Por la canasta pasan, bailan
libros, pupitres, carteras
y hasta el nuevo director
vuela y pasa. Largas sumas,
muchas oraciones
ya analizadas, dictados
corregidos,
todos corren, saltan, mas algunos fallan y
vuelven tristes a clase
y hasta un encerado se estrecha,
salta y entra y después
el administrador tiene que llamar
por teléfono para que le traigan otro.

La mitad superior
con los brazos
y todo el cuerpo,
una y otra vez lanzando a la cansta,
brazos, pelota, cabeza
al aire claro azul.
La cabeza hace canasta,
la cabeza en el azul;
de nuevo en las manos, es lanzada,
una y otra vez lanzada,
ha dejado de pensar,
es sólo lanzamiento unido al cuerpo y
arrastrando la parte inferior,
se hace ancha, aérea
alegría, sol.
Y los arboles lanzan sus ramas
y los esposos sus esposas
y los alumnos su profesores,
todos jugados al balonceto

y la luz envolviéndonos.
Los brazos navegan por el cielo
las piernas, alzadas por los aires,
nada de pensamiento,
todo juego, todo luz, todo pelota
que esta siempre volando.
El colegio, oscuros corredores;
aquí, sólo canasta y cielo azul.
Lanzas el balón y tras él va tu cintura
y en lo alto sigues jugando,
sigues lanzando y te lanzan
jugando con los pájaros
y la carita por los aires tras el balón
y el balón que no quiere
y tú con las alas pías y lanzas
pájaros, cuchillos
y tambien esta pequeña cosa llamada espanto,
hasta que, ya cansados,
aterrizamos todos.

XL

Teófilo

A un rincón nos vamos
a llorar nuestros males
y somos malos
y chillamos.

Nos quedamos diciendo
que te habías equivocado,
que nosotros éramos los sensatos,
pero yo además te lloro
porque eras mi amigo,
porque un día te amé,
porque eras bello e imprudente
como un dios.

Ahora estamos en la tarea
de hacerte bueno como nosotros,
tan cautos y mansos.

Eras cálido,
tu voz la estoy oyendo,
eras el movimiento.

Cuando nos enteramos nos pusimos a gritar como cornejas,
disminuidos y tristes nos fuimos a la cama,
con un cacho de vida arrancado.

Ahora somos un poco más serviles, un poco más pequeños,
un poco más de muerte, un poco más de llanto,
un poco menos libres, con más miedo
sin ti, que eras
fresco aire violento.

XLI

Vuelo

¿Vienes? Me dices y yo,
que estoy aquí tirada,
ahí echada,
allí sentada
me levanto
y volamos
perdido el peso,
agujereada,
entrándome el aire y la luz,
haciéndome ligera,
soltando el huevo plomizo del alma
que me encadenaba al mundo,
que me mantenía cruelmente
fijada y aplastada.
Volamos en tus ramas,
en tus dulces alas,
hacemos el amor,
también yo ardorosa,
carne que se hace ave
ligera en el aire.
Mariposas y pájaros
nos rodean
y el mundo oscuro mira
como siempre, tan idiota
sin comprender nada.
Ni siquiera asoma una mano
para acariciarnos,
ni siquiera se alegra
ni se pregunta si estará en lo cierto,
si vale la pena
esa muerte continuada.
Mira estúpidamente
nuestra carne florecida
que canta.

Yo, que estaba parada,
me estoy descalzando,
me estoy quitando peso.
Con el pelo cayendo,
los pechos son mis alas,
volamos.

XLII

Alma

Le entró un rayo por dentro y lo hizo blanco
transparente,
cristalino quedó sonando música,
sus piñas, campaniles.
El abismo de abajo sigue en la tarea
pesada, lenta, sucia
de subir la savia.

Era un inmenso árbol y es ahora
cristal de roca,
nada se mueve,
no tiene hojas ya,
estatua de quietud,
transfigurado.

Ahora ya no es viento, ahora es música
que después del temblor queda sonando.
No es movimiento ya, sólo luz,
quietud parada
que le sale de dentro,
luz de rayo es su savia deslumbrante
intemporal como la muerte.

¡Es tan hermoso!
Cuando el viento le toca suena a hueco.

XLIII

Autómatas

Otro borbotón más de trabajadores
con prisa, apretujados, sin mirada,
Sólo prisa, prisa, prisa,
ni una sonrisa, alguna palabra,
con sus carteras, con sus espaldas,
con sus periódicos que les hablan de muertes lejanas,
con sus odiados pensamientos
caminan como epectros
y la música no es más que
belleza regalada que nadie coge,
música que resuena por estos túneles
no vale una moneda.

Miembros agarrotados,
crujen las escaleras, rugen los
trenes intentando acompañar al
violín que canta.
Uno pasa corriendo, ha oído un
ruido de tren que parte y quiere
cogerlo. Los otros
lo siguen desviviéndose
locos. Sólo la música
no tiene prisa, bailarina,
a veces profunda
calma belleza
por las escaleras mecánicas.

Ellos se van y la música
cada vez más lejana, les acompaña
en un adiós triste.
Luego tendrán sonidos
de máquina, las obligaciones, los temores,
las ordenes del jefe.
Aquel violín ha quedado allá
en el hondón de aquella sima.
Llora lejano ahora en el recuerdo,
en la imaginación dolorosa
de lo irremediablemente perdido,
como un recuerdo de lo que ya no somos.

XLIV

Buitre

Cuando me acuesto
desnudo en una peña al sol
apareces en lo alto
dando vueltas a mi alrededor
gritando, lamentándote.

Buitre, lo siento,
ven otro día, y mientras tanto
me adormezco al sol y al cielo,
el cuerpo entregado,
el sexo en flor.

Vuelas muy alto,
pero tus ojos buscan la carroña;
todo ojos,
condenado a verlo todo desde arriba;
garras y pico,
ni caricia ni beso.
Buitre, tengo misericordia de ti.

XLV

Judas

`¿Soy yo, Maestro?',
preguntamos aterrados.
`¿Yo?'
Lo habías decidido.
`¿Y yo?'
que el taciturno Judas,
'¿Yo?, Maestro'
No el bello Juan ni el franco Pedro
ni la sencillez de los demás,
'Señor, ¿quién es?'
¡Y mi corazón que empezaba a abrirse
como un niño hacia ti!
¿Quién puede resistirse al amor?

En misa negra
-¡tan dulce con los otros!-
me entregaste a la desesperación,
a la noche
en que me hallo.
'Más te valiera no haber nacido',
has dicho
y es verdad.

He comprendido, necesitabas
atemorizar a tus ovejas,
¡la eterna desconfianza en el hombre!
Uno tenía que perderse
para que los demás guardasen celosamente tu doctrina.
No era suficiente la amenaza
de infiernos y cataclismos
¡querías asegurarte bien!

Yo, tu pieza,
muero
no en hermosa compasión,
pero sabiendo
que el que quiere salvar
esclavo es y te esclaviza;
la planta de la libertad en otro suelo crece.

XLVI

Vida y muerte

A la enorme mariposa
negras hormigas la arrastran,
clavan sus fauces en la blanda carne,
tiran esforzadamente
-cuando ella no opone resistencia
el transporte es rápido-
atravesando obstáculos imposibles.

Por caminos verticales, cabeza abajo
las hormiguitas siguen arrastrándola,
a veces atascadas, otras en volandas,
parece que la van a poner a volar de nuevo,
un afán irresistible las impulsa,
dando infinitos rodeos corren con ella;
una lleva una ala arrancada,
corre triunfante con su inmenso botín.

Vuelves a tu agujero de oruga,
ahora a decrecer
doblando dolorosamente el cuerpo
en espasmos de lancinante amor,
en limpio sufrimiento sin reproches.

Lo mismo que la vida ha sido entrega
al placer, es a la muerte ahora.
La suben a lo alto, se hunden
con ella y siguen, turnándose.
Finalmente, la entrada oscura.
Otras están volando por el cielo,
Gozo y dolor e inocencia siempre,
sin redentores ni culpables.
Un subir y volar, y un bajar y acabar
al que dispuestos estamos.

XLVII

Bailón

Baila, imbécil, con los montes,
baila, mamón, con los pedruscos.
Canta, estás solo,
canta, tonto
¿no ves que eres un imbécil?
Canta,
que estás perdido y cantas,
¿quieres hacer el favor de cantar?
Salta con ese monte alto
que está bailando con
ese otro bajito.
Grita con toda tu alma:
¡Vida, te amo!,
así: ¡¡¡Diosa, te amo!!!
Qué bien se está perdido entre montañas
con unos pájaros pequeños que se te acercan curiosos.
Un cacho grande de planeta se extiende a la redonda a
tus pies,
al norte, pueblos: allí, allí,
al este, igualmente.
Estás solo en esta montaña,
sin casa, qué bien. Baila, imbécil,
baila como ese monte pedroso y ese otro más chato,
baila, que al fin te has perdido
y grita: ¡¡Vida, te amo!!
Hay un mar de flor amarilla
y rebaños por ahí se les oye
pero tu has perdido muchos caminos, muchas sendas, muchas
trochas,
acabas de perder la última que te dio un cabrero,
baila, que estás sin camino
salpicado de montes por todas partes y tú en la punta de
uno,
berrea con todos tus pulmones.
Bailotea como un oso,
danza, P epe, con el viento que gira a tu alrededor,
con el sin sentido de tanto monte revuelto,
sin orden,
sin jefe,
sin orgnización, todo eso ha volado.
Baila, Pepón, a la pata coja,
brinca, que no te ve nadie

y el azul arriba, Pepiño, qué azul tan tranquilo.
Besa una piedra minúscula
y sigue bailando,
hasta que aparezca otra trocha, baila,
que después tendrás que caminar mucho y llegar a casa y
recibir la bronca correspondiente.

XLVIII

In memoriam

Vida, ponte la ropa
de luto, que cubran
negros crespones tu carne dorada
al sol de bacanales y mayas.
Hoy, diosa, es un día
para llorar,
una anciana enferma y loca,
la mujer que me tuvo en su vientre,
que me dio al mundo, pero
me mantenía a ella abrazado,
que me fue dejando más y más en él. Al fin parecía que ya
sólo mundo era, recorría ciudades, trabajos
imposibles...
Diosa, hoy mi madre ha muerto.

Mi alma es oquedad
en la que fieros ladridos resuenan
y el triste canto de órganos no apagan.
Mi madre ha muerto, mi madre,
lo más mío
ha muerto. Ahora el
altavoz de un vendedor,
la discusión de esos droadictos,
el estruendo de una moto
son tu canto fúnebre.
El juego en el recreo de los niños,
mi poesía, mi filosofía,
todo, fúnebres cantos.

Te has muerto,
mas para mí no mueres,
te llevo siempre
adonde voy;
como tú a mí,
yo te he engendrdo.
Esa loca que ha muerto será siempre
mi niña clara.

XLIX

Francisco

Loado seas pájaro Francisco
que fuiste donde las aves cantaban
y con ellas volabas, volabas,
con ellas trrui, chva. Amén.

Francisco llamó un día
que viniesen a verle a la Sarnosa:
las carreteras subieron en coche,
como cabras saltaban las veredas
altas, corriendo entre abismos.
Francisco les habló,
les dijo: Escuchadme.
Los pájaros volaban,
san Francisco dio palmas,
corrieron como niños a sus pies.
Francisco les hablaba.
Escondida avanzaba una culebra,
tú, maldita,
la culebra se fue, baja la frente.
vosotros sois los buenos,
la culebra volvió: tú no, culebra,
el hermano gorrión, la hermana hormiga,
la culabra lloraba: ven culebra,
la hermana golondrina, hermana hoja seca,
pequeñas mariposas todas alas,
hermano trozo seco de madera,
todos a san Francisco se allegaban.

Ta ta ta ta tui, ta ta ta ta tui
trrruit,
viuuuuuh,
hui, hui, hui,
chit, chit,
rrrrraj, rrrrrraj.
vui, vui. Callad, hermanos pájaros.
Hermanito Francisco, no te entendemos;
si no hablas nuestra lengua,
trrruit, trrruit, adiós.

Hermano Francisco, no vengas a vendernos.
Hermanito Francisco, no necesitamos tu regla.
Ovejuela Franciso, adiós.

Cha chva chva
nostros somos ya libres,
tu regla y tu Jesús para vosotros.
Hermano Francisco tu tu rrruit.
No ha muerto ningún pájaro en la cruz
por sus hermanos pájaros.
Hermanito Francisco no aprendemos
nosotros de ti nada,
el evangelio es para lo hombres,
que nacieron esclavos, que nosotros
somos trozos de limpia libertad.

Y Francisco aprendió, el poverello,
de los pájaros
Y dejó su evangelio
y cantaba con ellos trruit
chva chva chva
y volaba con ellos viuuuuuuuh.
Hermanito Francisco, pajarillo,
rayo de sol Francisco, no eres nada.
Hermanito Francisco, dijo el agua,
¿quieres manar conmigo que soy casta?
Y Francisco se sienta a la orilla,
se desliza con ella hacia abajo.
Piedrecita Francisco, dijo el monte,
vientecillo Franciso, dijo el aire,
fuentecica Francisco, dijo el río,
brizna de hierba, vuelta del camino, mmmeh de cabritilla,
lagartija Francisco.

Loado seas, manantial Francisco
que te das y te pierdes
por campos y ciudade y en la mar
te derramas.
Loada seas luz de sol Francisco
que acaricias los cuerpos,
eres mano dulcísima.
Loada seas luminaria Francisco
en la tiniebla.
Loada seas roca firme Francisco,
según la hora del día tomas formas:
un papa, una muchacha.

Loado seas camino Francisco
al azar, no importa adónde vaya.
Loada seas hierbecita Francisco, que la pisas.
Loado seas olor fragante,
aura de montaña. Amén, amén.